»lamentable componer versos harmoniosos y pro-»ducir en la lira sonidos acordes, mientras ella »sigue un camino torcido, y dominada por las »pasiones, deja oir el discordante estruendo de lo »vicios... Que éntre en cuentas consigo misma; »que arregle, que sujete sus pasiones; que sea »harmoniosa y bella, y entonces, por sí misma »subirá fácilmente hasta el manantial de la be-»lleza, de la harmonía y de la luz (1).» «Es pues »necesario, continúa, que elevemos nuestro cora-»zón grado por grado; es decir, que subamos los »grados de nuestro corazón, y que entonemos el »*Cántico de los grados* (2).»

Agustín le entona seguidamente, y va indicando los siete por donde debe pasar nuestra alma. Después de los tres primeros, menos importantes sin duda, llega al cuarto, «consis-»tente en que el alma se prefiera no solamente »á su propio cuerpo, es decir, á aquel en que re-»side, sino también á los cuerpos de todos los »demás; en que coloque los bienes de su espíritu »sobre los de la tierra; en que al comparar los »bienes terrenos con su propio ser y hermosura, »los mire con desprecio, y en que á proporción »que se despegue del fango del mundo, más se

(1) *De Ordine*, lib. II, cap. XIX.
(2) *Confes.*, lib. XIII, cap. IX.

»purifique, se desembarace y perfeccione. Con »esto el alma, por un arranque sublime, se lanza »hacia su Dios y empieza á contemplar, aspirando »á la felicidad de verle; que es lo que constituye »el quinto grado.» El sexto consiste en la acción: no basta contemplar, es preciso obrar; sirve poco ver la verdad, es preciso unirse á ella. Entonces, y es el último y séptimo grado, la contemplación unida á la virtud empieza y constituye la calma, y la dicha anticipada de la eternidad. «¿Deberé »yo emprender la descripción de tan feliz estado? »exclama San Agustín. No. Almas superiores é »incomparables nos han revelado cuanto creyeron »necesario que supiéramos de lo que por ellas ha »pasado, y yo puedo afirmar sin temor, que nos-»otros con la gracia de Dios, llegaremos á tan di-»chosa situación. Entonces veremos que todo lo »de la tierra es vanidad y nada; que los grandes »y maravillosos cambios de nuestro cuerpo pre-»dichos y anunciados, aparecen claros y muy »realizables; y que la resurrección misma de la »carne, cuya creencia parece difícil, será para »nosotros más cierta é indudable que la salida del »sol al día siguiente cuando le vemos entrar por »el ocaso. Entonces, finalmente, concebiremos »de esos hombres vanos que se ríen de los mis-»terios de la eternidad, la misma idea que se for-»ma del niño que, viendo á un pintor trazar so-

»bre el lienzo las primeras líneas de su bosquejo, »no puede comprender que salga del pincel una »figura. ¡Oh! ¡Y cuán poderoso encanto produce »la contemplación de la verdad! Deseosa el alma »de llegar al objeto que contempla, la muerte »misma mirada con horror en otras circunstan»cias, llega á serle dulce y querida como el ma»yor de los bienes (1).»

Pero si entre Dios y el alma hay completa harmonía, si existe un lazo que les une *(religio)*, ¿dónde está este lazo? La religión que ha debido existir y manifestarse siempre á los hombres de buena voluntad con caracteres clarísimos y luminosos, ¿dónde encontrarla? He aquí la primera cuestión que se presenta á nuestro espíritu. Agustín la meditaba ya al salir de Casiaco, ocupóle durante su viaje por los Apeninos, y para resolverla, escribió, apenas llegado á Roma, su *Tratado de la verdadera Religión*, en el cual se percibe aún el influjo de la filosofía platónica que de día en día abandonaba, adoptando forma más teológica y pudiéndose considerar ésta como la última obra de Agustín en su primitivo estilo.

El exordio es de una belleza y grandiosidad admirables: «Si Platón viviese todavía y me per»mitiera interrogarle; ó si mientras vivió, alguno

(1) *De Quantitate animæ*, caps. XXX-XXXIII.

»de sus discípulos le hubiese preguntado, qué »juicio debía formarse de un hombre que, como »Jesucristo, consiguiera acreditar la doctrina su»blime del Evangelio y esparcirla por todo el »mundo de tal modo que los ignorantes no de»jaran de creerla; y que los espíritus bastante fuer»tes para sacudir el yugo de los errores y pre»ocupaciones vulgares, llegaran á practicarla, »¿cuál sería, pregunto, su respuesta? No hay »duda, le parecería que persona semejante estaba »muy por encima de la humanidad entera, dis»curriendo así el sabio Platón: no es dado á nin»gún hombre obrar cambio tan maravilloso en el »mundo, á menos que Dios sapientísimo y pode»rosísimo, por un milagro, le haya sacado de la »condición ordinaria para unírsele íntimamente, »y le haya iluminado desde la cuna, no con en»señanzas como las de los hombres, sino con in»fusión especial de altísimas verdades, y que por »último, le haya enriquecido de tantas gracias, »provisto de tanta fuerza y elevado á tan alto »grado de excelencia y majestad que, despre»ciando cuanto la depravación humana desea; »aceptando lo que más horror le causa, y obran»do ante su vista las cosas más portentosas y »admirables, le hiciese aceptar esta fe saluda»ble, tanto con el atractivo del amor, cuanto por »el peso de su autoridad.»

»Si, pues, todas estas maravillas se han cum-»plido ya; si los escritos y monumentos nos las »trasmiten y hacen célebres por do quiera; si »hombres escogidos y enviados por todas partes »desde el sitio donde el Dios verdadero fue adora-»do, y convino que naciera un hombre semejan-»te, han encendido el mundo con el fuego del »amor divino, mediante su palabra y el esplendor »de sus milagros; si, al salir de esta vida, des-»pués de haber enseñado la doctrina de salvación, »esos hombres han dejado en herencia á su pos-»teridad la luz de tan divinos conocimientos; y »para omitir cosas pasadas que algunos resisti-»rían, si se predica hoy el Evangelio por toda la »tierra; si los pueblos le reciben con amor y res-»peto; si, á pesar del esfuerzo de los Emperadores »que han derramado tanta sangre, y á pesar del »fuego y de la tortura, la Iglesia va creciendo »siempre; si mil y mil jóvenes de uno y otro sexo »renuncian al matrimonio y profesan continen-»cia perpetua sin que á nadie cause admiración; »si el universo ha llegado á ser un vasto templo »en que todos gritan: *Sursum corda;* vuelvo »á preguntar: ¿qué diría Platón? ¡Ah! y cómo »exclamaría: ¡Lo que nosotros sólo imagina-»mos, se halla ya cumplido; lo que no nos atre-»vimos á proponer á los pueblos, ni hubiéra-»mos conseguido que aceptasen, hoy se cree,

se practica y es amado en todo el mundo (1)!»

Después de tan magnífico exordio, habiendo demostrado de una parte la insuficiencia de Platón, es decir, de los antiguos sabios para dirigir el hombre á la verdad y á la virtud, y de la otra, el poder soberano de Jesucristo; examina San Agustín los fundamentos de la religión, su historia, que se remonta á la cuna misma del mundo; las profecías, mediante las cuales, señala y patentiza el fin de la tierra; el milagro, prueba manifiesta de la acción inmediata de Dios; la fuerza transformadora de la religión, pues, si viviendo al lado de un hombre sabio ó de un hombre virtuoso, no es posible dejar de crecer en sabiduría y en bondad, ¿cómo la religión no ha de hacer mejores á los hombres, siendo así que los aproxima á Dios? Y aquí se encuentra el célebre retrato del hombre perfecto, ante el cual es pálido el del justo de Platón, y se describe la belleza incomparable de Jesucristo, tipo del hombre regenerado. «Los hombres »corrían con febril ardor, dice San Agustín, tras »las riquezas de la tierra; Jesucristo ha querido »nacer en la pobreza. El orgullo nos hacía mirar »con horror los menores ultrajes, Jesucristo fué »horriblemente ultrajado. Nos irritamos por

(1) *De Vera Religione,* cap. III et IV.

»cualquier injuria, Jesucristo fue tratado y lleva-»do injustamente hasta la muerte. El dolor nos es »insoportable, Jesucristo fué desgarrado con azo-»tes y traspasado de clavos y de espinas. Los »hombres huyen de la muerte, y Jesús la abrazó »de buen grado. Nada más infame que el suplicio »de la cruz, y sin embargo, Jesucristo le escogió »para morir. Por último, privándose de todos los »bienes cuyo amor nos pierde, y sufriendo todos »los males cuyo temor nos aleja de la virtud, Je-»sucristo ha puesto los unos y los otros bajo nues-»tros pies. No hay, pues, en la vida del hombre »Dios, cosa que no sea para nosotros lección im-»portantísima, encerrando un tratado completo »de moral cristiana.»

¿Cómo Villemain ha podido decir «que este »*Tratado*, monumento del corazón y genio de »Agustín, es más bien una fecha en el progreso »religioso de su espíritu, que no una prueba de la »verdad que había abrazado»? (1) Nosotros al contrario, decimos con Arnauld (2), Tillemont (3), Bossuet (4) y con todo el siglo XVII, «que este libro

(1) *Les Pères du IVe siècle*, saint Augustin.
(2) Préface du *Traité de la vraie religion*, traduit par lui.
(3) *Mémoires, etc.*, tome XIII, pag. 139.
(4) A. Floquet, *Études*, tome II, pag. 517.

»cual ninguno, obliga á admirar la prodigiosa »grandeza del talento y saber de este hombre »incomparable». Porque, ¿á quién no admirará que, habiendo empezado poco antes el estudio de los misterios del Cristianismo y no teniendo todavía otro carácter en la Iglesia que el de simple fiel, pudiese hablar Agustín tan noble y elevadamente de esa religión divina y formarse una idea tan sublime de su eminente grandeza? ¡No es posible seguir su vuelo de águila, penetrar sus profundos razonamientos y contemplar las altas verdades que Agustín propone, sin quedar totalmente deslumbrado!

El complemento de este precioso libro, con cuya lectura se convirtió Romaniano á quien iba dedicado, se halla, primero, en los cuatro libros de *Doctrina cristiana*, donde demuestra que toda la religión se reduce al amor, y de los cuales dice Bossuet: «Me atreveré á afirmar que San Agustín »nos dió en ellos más reglas para entender la Sa-»grada Escritura, que todos los doctores juntos»; y sobre todo, después, en la magnífica *Carta á Volusiano* que, produciendo al principio cierta extrañeza, excitó luego verdadero entusiasmo. Movido allí no por las alas de Platón, sino por las de los Profetas, se remonta hasta esa luz inaccesible que es residencia del Verbo. El Verbo, palabra inefable de Dios, guardáos bien de con-

cebirle como palabra que pasa. La eternidad de este Verbo, su generación antes del tiempo, su aparición sobre la tierra, sus grandes penas, sus obras admirables, su santidad y amor, la imposibilidad de que nadie pueda compararse con el Hombre-Dios; el pueblo hebreo creado para esperarle, para anunciarle, para desearle y para sostener en el mundo la idea de su promesa; y después de su venida, la Iglesia, naciendo de su sangre para hacerle conocer y amar de todos, y para restaurar al hombre en todas partes mediante su conocimiento y amor: todo esto se halla tratado con un lucimiento y profundidad, con tal gracia y con tal fuego, que arrancaba á Bossuet gritos de admiración. Allí ha tenido origen, y no lo niega el gran Obispo de Meaux, la segunda parte de su *Discurso sobre la historia universal*: luz nacida de otra luz, y genio despertado por otro genio, cuyo numen se excita más emulando que imitando.

Pero á esta religión que ha nacido con el mundo y no puede tener fin; á esta Iglesia de Jesucristo encargada de llevar su verdad, su santidad y su amor por todas partes hasta la consumación de los siglos, ¿qué señales la dan á conocer? Esta cuestión tenía agitada á Africa y era objeto de apasionada polémica, cuando Agustín llegó á su patria. Llevado por el curso de sus estudios, y

más aún por la discusión con los donatistas, á estudiar detenidamente el gran edificio que se llama Iglesia católica, Agustín empieza á hacerlo con placentero entusiasmo. Su noble y vasto ingenio se encuentra perfectamente en la inmensidad de este monumento, bajo las altas bóvedas de templo tan sublime. Contemplativo y diligente á la vez, multiplica los discursos (1), las conferencias (2), las cartas (3) y los tratados (4), para hacer brillar ante todos la verdad y belleza divina de la santa Iglesia. Trata sucesivamente y bajo diferentes aspectos el origen de ésta, su milagroso desarrollo y conservación, hechos en que se manifiesta la mano de Dios; el milagro

---

(1) *Serm.* 37, 45, 62, 75, 78, 79, 91, 116, 129, 138, 145, 267.

(2) *Conferencias* de San Agustín con Félix, maniqueo; con los donatistas en Cartago; con Emérito en presencia de muchos Obispos, etc., etc.

(3) *Epist.* 23, 33, 34, 35, 43, 44, 49, 51, 70, 76, 87, 93, 185, etc.

(4) *Liber de utilitate credendi.—De moribus Ecclesiæ catholicæ et de moribus Manichæorum, lib. II.—Libri XXXIII contra Faustun manichæum.—Psalmus contra partem Donati.—Contra Epistolam Parmeniani, libri III.—Contra literas Petiliani, libri III.—Libri IV contra Cresconium.—Epistola ad Catholicos contra Donatistas.—Breviculus collationis cum Donatistis.—Liber ad Donatistas post collationem.—Sermo ad Cæsareensis Ecclesiæ plebem.—Libri II contra Gaudentium.*

de su unidad, de su verdad histórica y de su catolicidad, bajo la cual quedan aplastados los donatistas, reducidos á un punto del globo; su santidad que no trasforma sólo á los hombres, sino que penetra, vivifica y trasforma también las leyes, las costumbres y los pueblos, á pesar de la resistencia de las pasiones. Y cuando ha echado por tierra, confundido y derrotado á sus adversarios obligándoles en públicas conferencias á declararse vencidos, ó cuando ha pulverizado sus vanas objeciones, salen de su corazón gritos de amor: el gigante depone sus armas, y es ya un padre, mejor dicho, es una madre; pues jamás hombre alguno juntó lógica tan inflexible con corazón tan generoso y tan abrasado de amor. Por último, después de veinte años de lucha, para acabar la herejía y darle un golpe decisivo, promueve Agustín la reunión de los Obispos católicos y cismáticos, obteniendo de los primeros la promesa de renunciar sus cargos, si así conviniese á la unidad de la Iglesia; inaugura esta inmortal asamblea, en que tomaron asiento más de cuatrocientos Obispos, con un discurso sobre la *Paz* manifestando los ternísimos sentimientos de su alma; desciende después á la lid, sostiene durante muchos días la discusión, obliga á sus adversarios á declararse vencidos, y termina con aplauso de la Iglesia este gran combate, devolviendo al Africa la paz y la unidad religiosa (1).

He aquí el principio de sus trabajos, y se comprende ya cuántos y cuán grandes habrán de ser en lo sucesivo: Dios y el alma, y como lazo, la Religión, y en el centro de la Religión Jesucristo, y como continuación de Jesucristo, la Iglesia; ¡qué conjunto! y es, no obstante, sólo el vestíbulo del edificio.

Aquí Agustín, después de afirmarse sobre esta roca inconmovible, entra en el templo, y animándose á medida que avanza, examina y estudia todas sus partes, así las más bajas como las más elevadas.

Primero Dios: no ya cual le veía en Casiaco con las luces de una razón cristiana, sino Dios uno y trino; uno en su naturaleza, trino en sus Personas; el Padre, que es el principio del Hijo; el Hijo, engendrado por el Padre desde la eternidad, y el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo: estos inescrutables misterios son abordados sucesivamente en los quince libros que forman el tratado *De la Trinidad*, que Agustín empezó á escribir «siendo joven, terminándole en la vejez,» según él mismo confiesa (2). Nin-

(1) Cfr. *Lib. de Gestis cum Emerito.*

(2) Cfr. *Lib. contra sermonem Arianorum.—Collatio cum Maximino Arianorum episcopo.—Libri II contra Maximinum.*